

# La máscara del diablo (primera parte)

■ ■ Hermilo Cisneros Estrada\*

En un lugar alejado de la capital del estado de Zacatecas, se desarrolla la historia de Rufino y su compadre Valentín. Rufino, un hombre de trabajo, mientras que a Valentín la fortuna le llegó logrando una buena posición económica. Valentín convence a su compadre Rufino de emprender un negocio en el que pone en juego lo poco que éste tiene, lo que conlleva a diversos incidentes que le cambiarán la vida.

Un domingo por la mañana a principios de diciembre de 1946, Rufino y su esposa Amelia amanecieron sin haber dormido en toda la noche. Después de tomar un café y ponerse una vieja chaqueta y su sombrero, se despidió de su mujer. Él salió de su casa que estaba en el rancho de Los Ramírez, aquí había sólo unas cuantas casas, tal vez menos de una veintena, y todas muy aisladas una de otra, y obviamente, los habitantes del lugar no eran muchos.

Rufino salió para ir al ejido de El Palmar, en el que las tierras ejidales se habían repartido ocho años atrás. Allí vivía su compadre Valentín y quería verlo antes de que fuera a salir de su casa. La mañana estaba más fría que todos los días anteriores, con la llovizna que caía, el frío se sentía tanto que calaba hasta los huesos; el día estaba gris oscuro a pesar de que ya eran alrededor de las ocho de la mañana. De las hojas de los arbustos pendían pequeños pedacitos de hielo que caían con las ráfagas de viento que a cada momento se dejaban venir.

Por el sendero, iba Rufino, encorvado, que con paso ligero se dirigía camino arriba, vistiendo una ropa inapropiada para la baja temperatura de ese día, sus pies estaban semidesnudos porque no llevaba zapatos, eran unos huaraches de hule y correas de cuero, sin embargo, no era el único que usaba huaraches de

esos. En toda la región muchos de los hombres, niños y adultos calzaban huaraches de hule y cuero que ellos mismos hacían, sólo la gente que vivía en la ciudad calzaba zapatos, pero los habitantes de todas las rancherías de los alrededores usaban solamente huaraches.

Rufino, seguía caminando, el suelo que pisaba estaba mojado y con algunos encharcamientos; la vegetación del paisaje la conformaban unos cuantos mezquites, nopales y magueyes, la poca hierba que había estaba quemada por el hielo, algunos de los magueyes servían como cerca de labor, había unos muy grandes de los que, en algún momento, sacarían el agua miel. Nuestro personaje continuaba por su helado camino, en su mente sólo llevaba la imagen de su hijo enfermo que ya tenía tres días con fiebre, y él, por falta de dinero, sin poder llevarlo al doctor. Las hierbas que su esposa le había estado dando, no surtieron efecto alguno.

—¡De seguro que se resfrió! ¡Seguro que por eso se enfermó mi retoño, mi Tomasito! —ese pensamiento es el que acompañaba a Rufino, quien cada vez más entumido no detenía su andar por ese húmedo sendero. Ya ni las orejas sentía y las quijadas le castañeaban descontroladamente.

En este tiempo aquí no se medían los grados de la temperatura, pero sí, el frío era muy agudo. No tenía idea del tiempo que había caminado cuando al fin, vio la casa de su compadre Valentín Arriaga, padrino de su hijo enfermo; lo había bautizado cinco años atrás, cuando apenas tenía tres meses de nacido. En ese tiempo Rufino llegó de El Carrizal, su lugar de nacimiento; su mujer estaba por aliviarse de Tomasito, su primer hijo; porque después nació María Belén, contando con dos años hasta este día en que su padre sufre la angustia por lo mal que está el niño.

Aquí en el Valle de los Estupiñán encontró trabajo con Valentín, quien contaba aproximadamente con la misma edad de Rufino. Él junto con otros trabajadores

\*Licenciado en Historia por la FFyL de la UANL y en Educación Media Superior por la ENSE. Maestro jubilado de la Preparatoria No. 3. Gran promotor cultural y primer editor responsable de la revista *Reforma Siglo XXI*. Cultiva además de la narrativa, la pintura, la poesía y la composición de letras para canciones vernáculas.

le sembraba las tierras de riego, esas que están antes de llegar a la cañada, las que están rodeadas por la arboleda grande y con muchas plantas de membrillo, regadas por las acequias trasladan el agua para las labores en las que se siembran tanto el maíz, como el frijol, el trigo, la avena y hortalizas diversas. Aparte de sembrarle las tierras, también le cuidaba las reses. El pago era poco y el trabajo duro, pero no había más remedio, no había de otra. Bueno, los domingos siempre lo dejaba descansar, situación que aprovechaba Rufino para con sus dos hijos y su mujer, ir a misa y a comer en alguna de las fondas que están abajo del mercado Hidalgo. Después de comer, paseaban por las dos calles principales viendo los aparadores de las tiendas de ropa, juguetes y regalos; aunque muy pocas veces compraban algo.

Durante dos años y medio estuvo trabajando con su compadre, pero luego consiguió otro patrón que le pagaba un poco más, poco a poco fue ahorrando hasta que pudo comprar dos vacas, y gracias a que le prestaron una casita, no se veía en la necesidad de pagar renta. Sin embargo, últimamente no le iba muy bien. Primero enfermó su esposa y los gastos del médico fueron muy por encima de lo que podía pagar, por lo que se vio en la necesidad de pedirle prestado a su patrón, quien amablemente accedió, e incluso, le dio todas las facilidades para que el doctor la viniera a consultar a su casa. Poco después de que sanara su mujer, recibió una carta en la que la hicieron saber que su madre acababa de fallecer. Nuevamente recurrió al patrón que le diera un adelanto para poder ir a darle su último adiós a quien lo trajo a este mundo. La enfermedad de su esposa, la muerte de su madre y ahora su niño con esa horrible fiebre. Todo en menos de tres meses.

— ¡Esto en verdad es mucha desgracia! — pensaba Rufino a quien se le olvidaba el frío que estaba haciendo; ese pensamiento le hacía sentir un nudo en la garganta, la profunda tristeza era tal que las calladas lágrimas que brotaban de sus ojos se confundían con las gotas de lluvia que caían en su helado rostro.

— *¿Cuánto le debo a la vida o cuál ha sido mi pecado para pasar por todo esto?, si algo le debo o si acaso de alguna manera ofendí a Dios, no quiero que mi pequeño pague las culpas mías. Él es inocente de todo* — así, entre el andar y pensar levantó su mirada al cielo y elevó una plegaria por la salud de su indefensa criatura.

Ya estaba por llegar a la casa de su compadre cuando comenzó a recordar los tiempos en que conoció a Valentín; hombre trabajador y de dinero, quien aceptó ser el padrino de Tomasito. Ya va para un año que no se han visto pero con suerte y lo agarra de buenas para el préstamo que le urge.

Del compadre Valentín, en una ocasión en la tienda grande del pueblo le platicaron que había sido muy pobre, pero que al andar con su amigo Patricio juntando leña en la cañada, al sacar un viejo tronco de mezquite que estaba a la orilla de un barranco, encontraron dos grandes bolsas de cuero con muchas monedas de oro y plata. Se comenta que quien la vio primero fue su amigo Patricio, hombre muy delgado y de semblante enfermizo, que tal vez estaba así por lo mucho que fumaba y lo poco que comía. Porque para él, primero era el café y el cigarro, antes que la comida. Tenía unos treinta años de edad, vivía solo y apenas recibía cada año en los días de Navidad, la visita de una hermana con sus tres niños, ellos venían de una región de Jalisco, donde su esposo se dedicaba a trabajar en una destilería de tequila que ya era de fama en el país. Allí, con otros de sus compañeros, recibía las múltiples carretas cargadas con las piñas del agave que traían de los grandes campos de cultivo de este producto.

Aquel día en el que encontraron las bolsas con el dinero, Patricio, lleno de júbilo y postrado de rodillas jugando con las monedas como si se bañara con ellas, una y otra vez, y riendo a carcajadas como un loco, le gritaba a Valentín para que viera el gran descubrimiento. Valentín, quien se encontraba a unos metros de la escena que protagonizaba su amigo, caminó hacia él, pero antes de acercarse lo suficiente a donde estaba el jugueteo con el tesoro, sufrió un desmayo, se cree que fue por la emoción. Este hecho lo presenció Santiago Ramírez, quien a los gritos de Patricio se acercó, pero se mantuvo oculto tras unos arbustos aguantando la respiración hasta donde podía por el asombro de lo que estaba sucediendo ante sus cansados ojos. Éste, era un viejo pastor de cabras, fue él quien al reponerse del asombro y ver lo que le pasó a Valentín, le prestó auxilio, reanimándolo y poniendo agua de su cantimplora en el rostro del desmayado.

Cuando Valentín recobró medianamente el conocimiento, ambos, con pasos lentos se dirigieron hacia el lugar donde momentos antes la

felicidad se desbordara en el espíritu de Patricio. Ahora, éste se encontraba inmóvil, con sus manos puestas en su vientre y el cuerpo doblado cubriendo el valioso hallazgo. Estaba quieto como el tronco mismo que habían sacado de la tierra y que por décadas mantuvo escondidas las monedas ahora descubiertas. Con mucha dificultad lo pudieron mover y entonces se dieron cuenta que ya estaba sin vida, le había brotado sangre de nariz y boca, tenía sus ojos muy abiertos y amarillos, mientras que su rostro se había amoratado y sus labios se veían muy resecos. Valentín ocultó nuevamente la bolsa con las monedas y ayudado por el viejo pastor, subió el cuerpo de Patricio sobre el lomo del asno que traía Santiago. Lo llevaron a donde había vivido, pero al recordar que no había nadie, optaron por llevarlo a la casa de Valentín. Se avisó al comisariado ejidal y a los vecinos; allí lo velaron para sepultarlo al día siguiente.

La hermana de Patricio, con su esposo, llegó antes del funeral, alguien vio que con algo de discreción, Valentín hablaba con ellos, no se supo de qué conversaron, pero semanas después ellos volvieron a la casa de Valentín, allí permanecieron dos o tres días, luego, se les vio subiendo al tren llevando una bolsa y una pequeña maleta. Después, en la rancharía se comentó que Patricio murió a consecuencia de los gases venenosos que se acumulan en ese tipo de metales preciosos; y que su muerte fue fulminante por las condiciones de salud tan precarias que tenía. También se llegó a decir que quizás su muerte se debió a una falla en su corazón. Cualquiera que haya sido el motivo, el hecho es que la muerte sorprendió al pobre Patricio bañándose con monedas de oro.

Santiago, el pastor, era quien platicaba lo sucedido en la cañada, pero como poco a poco fue perdiendo la razón, la gente no le creía muy bien esa historia, porque ya no coordinaba las ideas ni las palabras. Meses antes de morir se le veía deambulando solo, riendo y hablando por las calles y caminos con personajes imaginarios, llevando siempre sobre su hombro una vieja cobija de lana y una cantimplora vacía, y en una de sus manos su sombrero; no se lo ponía para cubrirse del sol o la lluvia. Después del incidente de la cañada, el sombrero siempre lo llevaba en sus manos, dejando ver ya una larga y descuidada cabellera, su barba, ya le cubría casi todo el rostro y parte del cuello.

En cuanto a la muerte de Patricio, los vecinos de la comunidad siempre la atribuyeron a sus condiciones físicas y la consideraron natural. La hermana ya no regresó por este lugar, pero dicen que la han visto con un importante negocio de artesanías, por allá, cerca de la Iglesia de la Virgen de San Juan de los Lagos, y al parecer le va muy bien, así es que volver a pararse en estas tierras, pos ya no tiene por qué.

Respecto al tesoro, se cuenta que lo enterraron los federales durante el gobierno de Victoriano Huerta, los soldados estaban al mando del coronel Florencio López, un ferviente adorador del tirano usurpador Huerta, a quien ya la decían “La Cucaracha”, porque según se comentaba, era un ebrio empedernido y, además, fumaba marihuana.

(Continuará)